



Apéndice A
ACERCA DEL FOLLETO JUNIUS
por V. I. Lenin

[Lenin escribió esta crítica del *Folleto Junius* en julio de 1916. Fue publicada posteriormente en *Sbornik Sotsial Demokrata*, n° 1, octubre de 1916. La versión en inglés proviene del Tomo XXII de *Lenin, Obras Completas*, edición rusa.]

¡Por fin ha aparecido en Alemania, ilegalmente, sin ningún respeto por la despreciable censura junker, un escrito social-demócrata acerca de la guerra! El autor, que evidentemente pertenece a la “izquierda radical” del partido, firma con el seudónimo Junius (en latín, joven) y titula su escrito *La crisis de la socialdemocracia*. Lleva como apéndice las “Tesis acerca de las tareas de la socialdemocracia”, que ya han sido presentadas ante el C.S.I. (Comité Socialista Internacional) de Berna, que lo publicó en su *Boletín* n° 3; las tesis fueron elaboradas por el grupo *Internationale*, que en julio de 1915 publicó un número de una revista bajo ese título (con artículos de Zetkin, Mehring, R. Luxemburgo, Thalheimer, Duncker, Ströbel y otros),²⁰⁷ y que en el invierno de 1915-1916 convocó una conferencia de socialdemócratas de toda Alemania que aprobó las tesis.

El folleto, dice el autor en una introducción que lleva fecha del 2 de enero de 1916, fue escrito en abril de 1915 y publicado “sin alteraciones”. “Circunstancias ajenas a su voluntad” impidieron su publicación en fecha más temprana. El folleto no analiza tanto la “crisis de la socialdemocracia” como la guerra; refuta la leyenda de que es una guerra de liberación nacional, demuestra que, tanto de parte de Alemania como de las demás potencias, es una guerra imperialista, y hace una crítica revolucionaria de la conducta del partido oficial. Escrito en un estilo muy vivaz, el folleto de Junius ha desempeñado indudablemente, y seguirá desempeñando, un papel importante en la lucha contra el ex

²⁰⁷ **August Thalheimer** (1884-1952): socialdemócrata alemán, colaborador de Luxemburgo en la Liga Espartaco. Dirigente del PC y editor de su órgano **Die Rote Fahne** (La Bandera Roja). Expulsado, formó la Oposición de Derecha. **Hermann Duncker**: socialdemócrata alemán, luego adhirió a la Liga Espartaco y al Partido Comunista. **Heinrich Ströbel**: socialdemócrata alemán. Internacionalista durante la guerra, miembro del Partido Socialista Independiente, escribía para la revista de Luxemburgo. Luego se unió a los socialchovinistas.

Partido Social Demócrata de Alemania, que se ha vendido a la burguesía y a los junkers. Enviamos un cálido saludo a su autor.

Al lector ruso que conoce la literatura socialdemócrata publicada en ruso en el extranjero en los años 1914-1916, el *Folleto Junius* no le dice, en principio, nada nuevo. Al leer este escrito y comparar los argumentos de este marxista revolucionario alemán con lo que dice, por ejemplo, el Manifiesto del Comité Central de nuestro partido (setiembre-noviembre de 1914) [“La guerra y la socialdemocracia rusa”], las resoluciones de Berna (marzo de 1915) [“La conferencia de las células del POSDR en la emigración”] y los numerosos comentarios al respecto, resulta claro que los argumentos de Junius son muy incompletos y que comete dos errores. Antes de pasar a la crítica de las omisiones y errores de Junius debemos subrayar que lo hacemos en bien de la autocritica, que es tan necesaria para los marxistas, y para analizar desde todos los ángulos posibles las posiciones que deben servir de base ideológica para la Tercera Internacional. En general el *Folleto Junius* es una estupenda obra marxista y sus defectos son, probablemente, casuales.

El defecto principal del trabajo de Junius, lo que lo hace inferior a la revista legal (aunque inmediatamente suprimida) *Internationale*, es su silencio respecto a la conexión entre el social-chovinismo (el autor no utiliza este término ni el menos preciso de social patriotismo) y el oportunismo. El autor habla con acierto de la “capitulación” y caída de la socialdemocracia alemana y de la “traición” de su “dirección oficial”, pero no va más allá. *Internationale*, en cambio, criticó al “Centro”, es decir al kautskismo, y correctamente lo ridiculizó por su cobardía, su prostitución del marxismo, su servilismo hacia los oportunistas. Esta misma publicación comenzó a denunciar el verdadero rol de los oportunistas revelando, por ejemplo, el importante hecho de que el 4 de agosto de 1914 los oportunistas se presentaron con un ultimátum, una decisión ya tomada de votar *por* el presupuesto de guerra, *pasara lo que pasase*. ¡Ni el *Folleto Junius* ni las tesis dicen *una palabra* acerca del oportunismo o el kautskismo! Este es un error teórico, porque es imposible *explicar* la “traición” sin ligarla al oportunismo como *tendencia* que posee una larga historia, la historia de la Segunda Internacional. Es un error político porque es imposible comprender la “crisis de la socialdemocracia” y superarla sin clarificar el significado y rol de *dos corrientes*: la explícitamente oportunista (Legien,²⁰⁸ David, etc.) y la tácitamente oportunista (Kautsky y Cía.) Este es un paso atrás en comparación con el artículo histórico

²⁰⁸ **Karl Legien** (1861-1920): dirigente de los sindicatos socialdemócratas alemanes desde 1890, se opuso a la teoría de la huelga general. Apoyó la guerra. Después de la muerte de Bebel (1913) él y Ebert fueron los verdaderos dirigentes del PSD.

de Otto Rühle en *Vorwaerts* del 12 de enero de 1916, en el que señala directa y francamente que es *inevitable* que se produzca una ruptura en el Partido Social Demócrata de Alemania (los editores de *Vorwaerts* respondieron con frases kautskianas hipócritas y melosas, sin poder presentar un solo argumento para refutar la afirmación de que *ya* había dos partidos cuya reconciliación era imposible). Es increíblemente incoherente, porque la tesis doce de *Internationale* dice *directamente* que es necesario crear una “nueva” Internacional, debido a la “traición” de los representantes oficiales de los partidos socialistas de los países más importantes y su “adopción de los principios de la política imperialista burguesa”. Es claramente absurdo sugerir que el viejo Partido Social Demócrata alemán, el partido que tolera a Legien, David y Cía., sería capaz de participar en una “nueva” Internacional.

No sabemos por qué este grupo *Internationale* dio este paso atrás. Es un enorme defecto del marxismo revolucionario alemán en su conjunto carecer de una organización ilegal compacta que siga sistemáticamente su línea y eduque constantemente a las masas en el espíritu de las nuevas tareas; semejante organización también tendría que definirse respecto del oportunismo y el kautskismo. Esto se hace tanto más necesario ahora que los socialdemócratas revolucionarios alemanes han perdido sus dos últimos diarios: el de Bremen (*Bremen Bürger-Zeitung*) y el de Brunswick (*Volkshfreund*), ambos vendidos a los kautskistas. Los Socialistas Internacionales de Alemania (I.S.D.) son los *únicos* que permanecen inequívoca y definitivamente en sus puestos.

Es evidente que algunos miembros del *Internationale* se han hundido una vez más en el pantano del kautskismo sin principios. ¡Por ejemplo, Ströbel llega a deslizar un elogio a Bernstein y Kautsky en *Neue Zeit!* Y hace pocos días, precisamente el 15 de julio de 1916, sacó un artículo en los diarios bajo el título de “Pacifismo y socialdemocracia” en el que defiende el pacifismo kautskista más vulgar. En cuanto a Junius, se opone vigorosamente a los esquemas fantásticos de Kautsky, tales como el “desarme”, la “abolición de la diplomacia secreta”, etcétera. Es posible que existan dos corrientes en *Internationale*: una revolucionaria y otra que tiende al kautskismo.

La primera posición errónea de Junius se concreta en la quinta tesis del grupo *Internationale*: “En esta época (era) de imperialismo desatado ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo.” El comienzo de la quinta tesis, que concluye con las frases citadas, analiza la guerra *actual* como guerra imperialista. Puede ser que esta negación de las guerras nacionales en general sea simplemente una omisión, o una exageración casual resultante de subrayar la idea

totalmente correcta de que *esta* guerra es una guerra imperialista, no una guerra nacional. Es necesario examinar este error, porque muchos socialdemócratas, en vista de las afirmaciones falsas de que *esta* guerra es una guerra nacional, cometen entonces el error de negar la posibilidad de *cualquier* guerra nacional.

Junius acierta plenamente al subrayar la influencia decisiva de la “atmósfera imperialista” de *esta* guerra, al decir que detrás de Servia está Rusia, “detrás del nacionalismo servio está el imperialismo ruso”, y que la participación de, digamos, Holanda en la guerra sería *igualmente* imperialista, porque, en primer lugar, Holanda defendería sus colonias y, en segundo lugar, integraría una de las coaliciones *imperialistas*. Todo esto es irrefutable respecto de *esta* guerra. Y cuando Junius pone el acento en lo que para él es lo más importante, es decir la lucha contra el “fantasma de la guerra nacional”, “que en la actualidad domina la política socialdemócrata”, hay que reconocer que su posición es correcta y muy oportuna.

El único error sería, no obstante, exagerar esa verdad, distanciarse del requisito marxista de ser concreto, y aplicar el análisis de esta guerra a todas las guerras que puedan ocurrir bajo el imperialismo, ignorar los movimientos nacionales *contra* el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis “ya no puede haber guerras nacionales” es que el mundo ha sido repartido entre un pequeño grupo de “grandes” potencias imperialistas y por esta razón la guerra, aunque comience como guerra nacional, se *transforma* en guerra imperialista que afecta los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas.

La falacia de este argumento es obvia. Que todas las líneas divisorias, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y dinámicas, que *todo* fenómeno, en ciertas circunstancias, puede transformarse en su contrario, es, desde luego, una de las leyes básicas de la dialéctica marxista. Una guerra nacional *podría* transformarse en una guerra imperialista *y viceversa*. Las guerras de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, comenzaron como guerras nacionales y lo fueron, en efecto. Fueron guerras revolucionarias: la defensa de la gran revolución contra la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio Francés y sometió a una serie de estados nacionales europeos grandes, viables y bien establecidos, estas guerras nacionales de los franceses se transformaron en guerras imperialistas *y a su vez* provocaron guerras de liberación nacional *contra* el imperialismo napoleónico.

Sólo un sofista puede despreciar las diferencias entre una guerra nacional y una imperialista sobre la base de que una *puede* transformarse en la otra. La dialéctica ha servido no pocas veces de puente a la sofística: la historia de la filosofía griega es un ejemplo. Pero

seguimos siendo dialécticos y combatimos la sofística, no negando la posibilidad de las transformaciones en general sino analizando el fenómeno *dado* en su contexto y desarrollo concretos.

Es altamente improbable que la guerra imperialista actual de 1914-1916 se transforme en una guerra nacional, puesto que la clase *progresiva* es el proletariado, que lucha objetivamente por transformarla en una guerra civil contra la burguesía. También esto: no existen grandes diferencias entre las fuerzas de ambas coaliciones y el capital financiero ha creado una burguesía reaccionaria en todas partes. Pero *no hay* que proclamar la *imposibilidad* de que ocurra semejante transformación: si el proletariado *europeo* permanece impotente, digamos, durante veinte años; *si* esta guerra *termina en* victorias a lo Napoleón y en el sometimiento de varios estados nacionales viables; *si* la transición al socialismo del imperialismo no europeo (principalmente el norteamericano y el japonés) también se ve detenida durante veinte años por una guerra entre esos dos países, por ejemplo, entonces podría darse una gran guerra nacional europea. Esto provocaría un *retroceso* de décadas en Europa. Es improbable pero *no imposible*, porque constituye un error teórico antidialéctico y anticientífico considerar que el curso de la historia universal es siempre parejo y marcha hacia adelante, sin algunos retrocesos gigantescos.

Además, las guerras libradas por las colonias y semicolonias en la era imperialista son no sólo probables, sino *inevitables*. Alrededor de mil millones de personas, es decir *más de la mitad* de la población mundial vive en las colonias y semicolonias (China, Turquía, Persia). Los movimientos de liberación nacional en esos lugares ya son muy fuertes o están madurando y fortaleciéndose. Toda la guerra es la continuación de la política por otros medios. La continuación de la política de liberación nacional en las colonias *inevitablemente* se convertirá en guerra nacional *contra* el imperialismo. Esas guerras *podrían* provocar una guerra imperialista entre las “grandes” potencias imperialistas actuales, o quizás no. Dependerá de muchos factores.

Por ejemplo: Gran Bretaña y Francia libraron la Guerra de los Siete Años por la posesión de las colonias. En otras palabras, libraron una guerra imperialista (que es posible tanto sobre la base de la esclavitud y el capitalismo primitivo como sobre la base del capitalismo moderno y altamente desarrollado). Francia sufrió una denota y perdió algunas colonias. Varios años después comenzó la guerra de liberación nacional de los Estados de Norteamérica contra Gran Bretaña únicamente. Francia y España, que poseían algunas partes de lo que es hoy Estados Unidos, firmaron tratados de amistad con los estados

rebelados contra Inglaterra. Lo hicieron por hostilidad hacia Gran Bretaña, es decir en aras de sus propios intereses imperialistas.

Tropas francesas combatieron con los americanos contra los ingleses. Lo que tenemos aquí es una guerra de liberación nacional en que la rivalidad imperialista es un elemento auxiliar y no tiene mayor importancia. Es lo opuesto a lo que observamos en la guerra de 1914-1916 (el elemento nacional en la guerra austro-servia carece de importancia en comparación con el elemento decisivo de la rivalidad imperialista). Sería, por tanto, absurdo aplicar el concepto de imperialismo indiscriminadamente y declarar que las guerras nacionales son “imposibles”. Una guerra de liberación nacional librada, por ejemplo, por una alianza de China, India y Persia contra una o más potencias imperialistas es posible y probable, porque surgiría de los movimientos de liberación nacional de dichos países. La transformación de semejante guerra en guerra imperialista entre las potencias imperialistas actuales dependería de una gran cantidad de factores concretos, cuya aparición sería ridículo pronosticar.

Tercero, en la misma Europa, en la época imperialista, no puede considerarse que las guerras nacionales sean imposibles. La “época del imperialismo” convirtió a ésta en una guerra imperialista que engendra inevitablemente nuevas guerras imperialistas (hasta que triunfe el socialismo). Esta “época” ha convertido la política de las grandes potencias en imperialista de cabo a rabo, pero de ninguna manera excluye las guerras nacionales de parte, digamos, de países (anexados u oprimidos nacionalmente) pequeños *contra* las potencias imperialistas, así como no excluyó dos movimientos nacionales a gran escala en Europa del este. Junius asume una posición muy sobria, por ejemplo, respecto de Austria, estudiando concienzudamente no sólo los factores “económicos” sino también los políticos particulares. Observa la “falta intrínseca de cohesión en Austria” y reconoce que la “monarquía Habsburgo no es la organización política del Estado burgués, sino una laxa corporación de distintas camarillas de parásitos sociales”, y que “la liquidación de Austria-Hungría es, desde un punto de vista histórico, sólo la continuación de la desintegración de Turquía y, a la vez, una necesidad del proceso histórico”. Lo mismo puede decirse en gran medida de los balcanes y de Rusia. Y si las “grandes” potencias quedan totalmente exhaustas después de esta guerra, o si triunfa la revolución rusa, es muy posible que haya guerras nacionales, inclusive triunfantes. La intervención de las potencias imperialistas *no* es siempre factible. Esa es una cuestión. La otra es que a la observación superficial de que es imposible que un pequeño estado en guerra contra un gigante triunfe hay que responder con la observación de que una guerra sin esperanzas es una guerra al fin. Además, ciertos

factores que entran en juego en el “gigante” –por ejemplo, el estallido de una revolución– pueden transformar una guerra “sin esperanzas” en una guerra muy “esperanzada”.

Nos hemos detenido en todos los detalles de la premisa errónea “las guerras nacionales ya no son posibles” no sólo porque esté equivocada desde el punto de vista teórico: sería verdaderamente lamentable que la “izquierda” revelara una actitud irresponsable para con la teoría marxista en un momento en que la creación de la Tercera Internacional es posible sólo si se basa en el marxismo no vulgarizado. Pero el error es muy dañino desde el punto de vista de la política práctica, puesto que da lugar a la propaganda absurda del “desarme”, al plantear que no puede haber sino guerras reaccionarias. Da lugar a la actitud ridícula y directamente reaccionaria de indiferencia hacia los movimientos nacionales. Y semejante actitud se convierte en chovinismo cuando los ciudadanos de las “grandes” naciones europeas, es decir de las naciones que oprimen a las masas de pueblos pequeños y coloniales, declaran con aire seudocientífico: “¡las guerras nacionales ya no son posibles!” Las guerras nacionales *contra* el imperialismo son no sólo posibles y probables; son inevitables, *progresivas y revolucionarias*, aunque, desde luego, si han de *triunfar*, requerirán el esfuerzo coordinado de millones de personas en los países oprimidos (cientos de millones en el ejemplo de China y la India), o una coyuntura internacional *sumamente* favorable (por ejemplo, que las potencias imperialistas no puedan interferir, hallándose paralizadas por el agotamiento, por la guerra, por su antagonismo mutuo, etcétera), o la insurrección *simultánea* del proletariado contra la burguesía en alguna de las grandes potencias (esta última variante es la mejor, es decir la más deseable y favorable para el triunfo del proletariado).

Sería injusto, empero, acusar a Junius de la indiferencia en lo que hace a los movimientos nacionales. Entre los pecados del bloque parlamentario socialdemócrata señala el haber permanecido en silencio ante la sentencia de muerte aplicada a un dirigente nativo del Camerún por “traición” (no cabe duda que el hombre trató de iniciar una insurrección contra la guerra). En otro párrafo, Junius subraya (en beneficio de los Legien, Lensch y otros canallas que aún figuran en la lista de “socialdemócratas”) que a los pueblos coloniales hay que considerarlos tan naciones como todas las demás. Junius dice, clara y explícitamente: “El socialismo reconoce el derecho de cada nación a la independencia y la libertad, a ser dueña de su destino”; “el socialismo internacionalista reconoce el derecho de las naciones a ser libres, independientes e iguales, pero sólo el socialismo puede crear tales naciones, y sólo el socialismo puede garantizar el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y esta consigna socialista –señala con acierto Junius– sirve, como

cualquier otra consigna socialista, no para justificar el orden imperante sino para señalar el camino hacia delante y para estimular al proletariado en su activa política revolucionaria de transformación.” Sería, en efecto, un grave error pensar que todos los socialdemócratas de izquierda alemanes han caído en esa estrechez mental y caricatura del marxismo abrazada por ciertos socialdemócratas holandeses y polacos que niegan la autodeterminación de las naciones, inclusive en el socialismo. Pero las raíces *específicamente* holando-polacas de *este* error constituyen un capítulo aparte.

El otro argumento falaz de Junius se refiere al problema de la defensa de la patria. Es éste un problema político cardinal durante el transcurso de la guerra imperialista. Junius fortalece nuestra convicción de que nuestro partido es el único que ha enfocado correctamente el problema; el proletariado se opone a la defensa de la patria en esta guerra imperialista *debido* a su carácter rapaz, negrero y reaccionario, *debido* a que es posible y necesario oponer a la misma la guerra civil por el socialismo (y tratar de convertirla en tal). Sin embargo, Junius, a la par que denuncia brillantemente el carácter imperialista de esta guerra en contraposición a una guerra nacional, comete el extraño error de tratar de introducir un programa nacional en *esta* guerra *no nacional*. Increíble, pero cierto.

Los socialdemócratas oficiales, tanto los de Legien como los de Kautsky, en su servilismo ante la burguesía (hacen mucho barullo sobre la “invasión” extranjera para engañar a las masas populares acerca del verdadero carácter imperialista de la guerra) han estado repitiendo muy asiduamente el argumento de la “invasión”. ¡Kautsky, que ahora asegura a los ingenuos y crédulos (a través, dicho sea de paso, de Spectator, miembro del Comité Organizador Ruso) que él se unió a la oposición a fines de 1914, sigue utilizando este “argumento”! Para refutarlo, Junius encuentra ejemplos altamente aleccionadores en la historia, que demuestran que “la invasión y la lucha de clases, al contrario de lo que dice la leyenda oficial, no se contradicen en la historia burguesa sino que una es el medio y la expresión de la otra”. Por ejemplo, los Borbones de Francia llamaron a la invasión extranjera contra los jacobinos; la burguesía en 1871 llamó a la invasión extranjera contra la Comuna.

En *Las guerras civiles en Francia*, Marx dice: “El mayor esfuerzo heroico de que es capaz aún la vieja sociedad es la guerra nacional; y ésta ha demostrado ser una engañifa del gobierno, destinada a postergar la lucha de clases y a ser desechada apenas esa lucha de clases estalla en guerra civil”.

“El ejemplo clásico de nuestro tiempo —dice Junius, refiriéndose a 1793- es la Gran Revolución Francesa.” De esto saca la siguiente conclusión: “Las experiencias del último

siglo demuestran que no es el estado de sitio sino la incesante lucha de clases lo que hace surgir en la masa del pueblo el respeto a sí mismo, el heroísmo y la fuerza moral, y lo que constituye la mejor protección y defensa contra el enemigo externo”.

La consecuencia práctica para Junius es: “Sí, los socialistas tienen el deber de defender a su país en las grandes crisis históricas, y en esto reside la gran traición del bloque parlamentario socialdemócrata. Cuando anunció el 4 de agosto ‘en esta hora de peligro no abandonaremos a la patria’, negó al mismo tiempo sus propias palabras. Porque en verdad *sí* abandonaron a la patria en el momento de mayor peligro. El más alto deber de la socialdemocracia para con la patria exigía que denunciara el verdadero carácter de la guerra imperialista, que rompiera el manto de mentiras imperialistas y diplomáticas que tapa los ojos del pueblo. Era su deber hablar fuerte y claramente, proclamar ante el pueblo alemán que la victoria será tan funesta como la derrota, oponerse al amordazamiento de la patria mediante el estado de sitio; exigir el inmediato armamento del pueblo y que sólo el pueblo decida el problema de la guerra y la paz; exigir resueltamente que los representantes del pueblo sesionaran permanentemente durante la guerra, para imponer un control vigilante de los representantes del pueblo sobre el gobierno y del pueblo sobre sus representantes; exigir la desaparición de toda restricción a los derechos políticos, puesto que sólo un pueblo libre puede defender con éxito su país y, por último, oponer al programa de la guerra imperialista, de preservar a Austria y Turquía, o sea de perpetuar la reacción en Europa y en Alemania; el programa de Marx, Engels y Lassalle: la consigna de una Gran República Alemana unificada. Está es la bandera que debería haberse desplegado sobre Alemania, esta hubiera sido una bandera verdaderamente nacional de liberación, acorde con las mejores tradiciones alemanas y con la política de clase internacional del proletariado [...] Así, la profunda alternativa —los intereses nacionales y la solidaridad internacional del proletariado— la trágica opción que puso a nuestros parlamentarios ‘con amargura de corazón’ del lado de la guerra imperialista, es puramente imaginaria, es una ficción nacionalista burguesa. Por el contrario, existe total armonía entre los intereses de la nación y los intereses de clase de la Internacional proletaria, tanto en tiempos de paz como de guerra; ambos exigen llevar adelante la lucha de clases con toda energía, luchar por el programa socialdemócrata con toda decisión.”

Esta es la argumentación de Junius. La falacia aquí es muy evidente, y puesto que los lacayos tácitos y confesos del zarismo, Plejanov y Jenkeli, y quizás inclusive Martov y

Jeidze²⁰⁹ pueden tomarse de las palabras de Junius para cubrir sus huellas y arrojar polvo a los ojos de los obreros, debemos dilucidar en detalle el origen *teórico* del error de Junius.

Sugiere que nos “opongamos” a la guerra imperialista con un programa nacional. ¡Llama a la clase avanzada a volver sus ojos al pasado y no al futuro! En Francia, Alemania y en toda Europa, lo que estaba *objetivamente* a la orden del día en 1793 y 1848 era la revolución democrático-burguesa. A esta situación histórica *objetiva* correspondía el programa “verdaderamente nacional”, es decir, el programa nacional *burgués* de la democracia existente; en 1793 los elementos más revolucionarios de la burguesía y la plebe realizaron este programa; Marx lo proclamó en nombre de toda la democracia progresista. *Objetivamente*, a las guerras feudales y dinásticas se oponían las guerras democráticas, las guerras por la liberación nacional. Tal era el contenido de las tareas históricas de la época.

En la actualidad la situación *objetiva* en los grandes estados adelantados de Europa es diferente. La única posibilidad de avanzar, si excluimos por el momento posibles retrocesos coyunturales, es en la dirección de la sociedad *socialista*, en la dirección de la *revolución socialista*. Desde el punto de vista del progreso, de la clase progresiva, a la guerra imperialista burguesa, a la guerra del capitalismo altamente desarrollado, puede *objetivamente* oponerse únicamente la guerra *contra* la burguesía, es decir principalmente la guerra civil del proletariado contra la burguesía por el poder; porque, *a menos* que se libere esa guerra, *no puede haber* progreso serio; y a ésta puede seguir -bajo ciertas condiciones especiales- una guerra para defender al estado socialista de los estados burgueses. Es por eso que los bolcheviques (afortunadamente, muy pocos, y nos apresuramos a entregarlos al grupo *Priziv*) que estaban dispuestos a aceptar la posición de la defensa condicional, o sea, defensa de la patria con la condición de que hubiera una revolución victoriosa y el triunfo de una república en Rusia, fueron fieles a la *letra* del bolchevismo, pero traicionaron su *espíritu*; puesto que, arrastrada a la guerra imperialista de las grandes potencias europeas, ¡Rusia *también* libraría una guerra imperialista, aun bajo un gobierno de tipo republicano!

Al decir que la lucha de clases constituye la mejor defensa contra la invasión, Junius aplica la dialéctica marxista sólo a medias, da un paso por el buen camino y se desvía inmediatamente. La dialéctica marxista exige un análisis concreto de cada momento

²⁰⁹ **George V. Plejanov** (1856-1918): padre del marxismo ruso, editor de los periódicos de la socialdemocracia. Socialpatriota durante la guerra. Adversario de los bolcheviques. **L. Martov** (Yulii Ossipovich Tserbaum) (1873-1923): uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa. Al principio íntimo colaborador de Lenin, luego dirigente del ala izquierda menchevique. Adversario de la Revolución de Octubre, emigró a Alemania en 1920. Nicolai Semenovich Jdeize (1864-1926): diputado menchevique en la Duma. Centrista durante la guerra. Presidente del Soviet de Petrogrado en 1917.

histórico específico. Es cierto que la lucha de clases constituye la mejor defensa contra la invasión, cuando la burguesía derroca al feudalismo *al igual que* cuando el proletariado derroca a la burguesía. Precisamente porque es válida para cualquier forma de opresión de clases, esa verdad es *demasiado general* y, por tanto, *inadecuada* en *este* caso específico. La guerra civil contra la burguesía *también* es una forma de lucha de clases, y sólo esta forma de lucha de clases podría haber salvado a Europa (a toda Europa, no a un solo país) del peligro de invasión. De haber existido en 1914-1916, la “Gran República Alemana” *también* hubiese librado una guerra *imperialista*.

Junius se aproximó mucho a la solución correcta del problema y a la consigna acertada: guerra civil contra la burguesía por el socialismo; pero, como si temiera decir toda la verdad, *retrocedió*, volvió a la fantasía de una “guerra nacional” en 1914, 1915, y 1916. Si no enfocamos el problema desde su ángulo teórico sino del político, el error de Junius es igualmente evidente. B conjunto de la sociedad burguesa, todas las clases alemanas, inclusive el campesinado, estaban *a favor* de la guerra (probablemente la situación era la misma en Rusia: la mayoría del campesinado rico y mediano y buena parte de los campesinos pobres se hallaban evidentemente bajo el embrujo del imperialismo burgués). La burguesía estaba armada hasta los dientes. En esas circunstancias, “proclamar” el programa republicano, parlamento permanente, elección de los oficiales por el pueblo (la “nación armada”), etc., hubiese significado *en la práctica* “proclamar” una revolución (¡con un programa revolucionario *equivocado!*)

Al mismo tiempo Junius afirma, correctamente, que no se puede “hacer” una revolución. La revolución estuvo a la orden del día en 1914-1916, estaba oculta en las entrañas de la guerra, *salía* de la guerra. Esto es lo que había que “proclamar” en nombre de la clase revolucionaria, *este* es el programa que había que anunciar, completo y sin temores; es imposible realizar el socialismo en tiempo de guerra sin lanzar la guerra civil contra la archireaccionaria burguesía criminal, que condena al pueblo al desastre total. Se deberían haber planificado medidas sistemáticas coherentes y prácticas, *realizables no importa cual fuese* el ritmo del proceso de la crisis revolucionaria. La resolución de nuestro partido indica cuáles son: (1) votar contra el presupuesto de guerra; (2) violar la “tregua de clases”; (3) crear una organización ilegal; (4) confraternizar con los soldados; (5) apoyar todas las movilizaciones revolucionarias de las masas. El éxito de *todas* estas medidas conduce *inevitablemente* a la guerra civil.

La promulgación de un gran programa histórico poseía, indudablemente, gran significación; no el viejo programa nacional alemán, que quedó perimido en 1914, 1915 y

1916, sino el programa proletario internacionalista y socialista. “Vosotros, burgueses, lucháis por el botín; nosotros, los obreros de *todos* los países beligerantes, os declaramos la guerra por el socialismo”: tal hubiera sido el tipo de discurso pronunciado en el parlamento el 4 de agosto de 1914 por socialistas que no hubieran traicionado al proletariado como lo hicieron los Plejanov, Legien, David, Kautsky, Guesde, Sembat, etcétera.²¹⁰

Evidentemente el error de Junius obedece a dos falacias en su razonamiento. No cabe duda que Junius está decididamente en contra de la guerra imperialista y *a favor* de las tácticas revolucionarias; y todos los remilgos de los Plejanov en torno al “defensismo” de Junius no pueden alterar este *hecho*. Es necesario responder inmediata y frontalmente a las posibles y probables calumnias de este tipo.

Pero, en primer lugar, Junius no se ha liberado totalmente del “clima” de los socialdemócratas alemanes, inclusive los de izquierda, que temen una ruptura, que temen seguir las consignas revolucionarias hasta su conclusión lógica. * Se trata de un falso temor, y los socialdemócratas de izquierda de Alemania deben liberarse de él, y *lo harán*. *Es seguro que lo harán* en el transcurso de su lucha contra los socialchovinistas. Es un hecho que están librando una lucha resuelta, firme y *sincera* contra sus *propios* socialchovinistas, y ésta es la diferencia enorme y fundamental que existe entre ellos y los Martov y Jeidze, quienes, con una mano (al estilo Skobelev) enarbolan una bandera con el saludo “a los Liekbnechts de todos los países”, ¡y con la otra abrazan cariñosamente a Jenkeli y Potresov!²¹¹

En segundo lugar, Junius aparentemente quiso hacer algo parecido a la “teoría de las etapas” menchevique, de triste memoria. Quiso *comenzar* a aplicar el programa revolucionario desde el ángulo “más apto”, “más popular” y más aceptable entre la *pequeña burguesía*. Es algo así como un plan para “engañar a la historia”, para engañar a los filisteos.

²¹⁰ **Jules Guesde** (1845-1922): comunero, fundador del Partido Socialista Marxista en Francia y dirigente del ala marxista del Partido Social Demócrata Unificado (SFIO). Socialpatriota durante la guerra, ingresó en el gabinete de coalición.

* El mismo error aparece en los argumentos sobre qué es mejor, la victoria o la denota. La conclusión de Junius es que ambos son igualmente malos (ruina, armamentismo, etcétera). Este no es el punto de vista del proletariado revolucionario, sino el de la pequeña burguesía pacifista. Si uno habla de la “intervención revolucionaria” del proletariado -tanto Junius como las tesis del Grupo *Internationale* hablan de ello aunque, desgraciadamente, en términos demasiado generales- *debe* plantear el problema desde *otro* punto de vista, a saber: (1) ¿es posible la “intervención revolucionaria” sin correr el riesgo de sufrir una derrota? , (2) ¿Es posible escarnecer a la burguesía y al gobierno del *propio* país sin correr ese riesgo? , (3) ¿no hemos afirmado siempre, y no nos da la razón la experiencia histórica de las guerras reaccionarias, que las derrotas ayudan a la causa del proletariado? [V.I.L.]

²¹¹ **Alexander Potresov** (1869-1934): perteneció, con Lenin, al consejo de redacción de Iskra hasta 1903, cuando se unió a los mencheviques. En 1930 editaba en París un periódico antisoviético.

Parece decir: seguramente, nadie se opondría a una manera *mejor* de defender la verdadera patria; y la verdadera patria es la Gran República Alemana, y la mejor defensa *es* una milicia, un parlamento en sesión permanente, etcétera. Una vez aceptado, ese programa conduciría a la etapa siguiente: a la revolución socialista.

Probablemente fue este tipo de razonamiento el que determinó consciente o semiconscientemente la táctica de Junius. Ni hace falta decir que semejante razonamiento es falaz. El folleto de Junius nos hace evocar la imagen de un hombre *solitario* que carece de camaradas en una organización ilegal capaces de seguir las consignas revolucionarias hasta sus últimas conclusiones y educar sistemáticamente a las masas en su espíritu. Pero esta carencia —sería un grave error olvidarlo— no obedece a una falla personal de Junius sino a la debilidad de todos los izquierdistas alemanes, que han quedado enredados en la vil red de la hipocresía, pedantería y “amor” al oportunismo de Kautsky. Los partidarios de Junius han logrado, *a pesar de* su aislamiento, *comenzar* la publicación de volantes ilegales e iniciar la guerra contra el kautskismo. Seguirán por el buen camino.